el pan en pedacitos; se los comerá lentamente, uno á uno; jugará con ellos.

Entra la madre; el padre cierra la puerta. La niña les mira las manos, muy sorprendida, y como nada dicen, al cabo de un momento, repite en tono de canturía:

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

El padre se oculta en un rincón, hunde la cabeza entre las manos, y permanece allí, mudo, abrumado, sacudidos los hombros por rudos y silenciosos sollozos. La madre, ahogando sus lágrimas, quiere que la niña vuelva á acostarse; la dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, cuyos dientes castañetean, y que siente que el fuego de su pecho la quema más que antes, cobra osadía, se cuelga al cuello de su madre, y la pregunta bajito y con dulzura:

—Dime, mamá, ¿por qué tenemos hambre?...

LA ALDEHUELA

I.

¿Dónde está la aldea? ¿En qué rep'iegue del terreno oculta sus blancas casas? ¿Se agrupan éstas en torno de la iglesia, en el fondo de algún valle, ó forman alegre fila á lo largo del camino, ó trepan por la ladera, como cabras caprichosas, descubriendo y ocultando á medias sus techos rojos entre la verdura?

¿Tiene un nombre dulce al oído? ¿Es un nombre suave, fácil á los labios franceses, ó algún nombre alemanizado, de consonantes, ronco como graznido de cuervo?

¿Se siega, se vendimia en ella? ¿Es pais de trigo ó comarca de viñedos? A esta hora, ¿qué hacen sus moradores al aire libre? De noche, al volver á casa por el estrecho sendero, ¿se detienen para abarcar con una mirada la abundante recolección y dar gracias al cielo por sus mercedes?

II.

¿Me la imagino voluntariamente en la falda de una colina? Oculta discretamente entre los árboles, se la tomaría desde lejos por un campo de rocas desplomadas y cubiertas de musgo. Pero el humo sube por entre las ramas, y en una senda que baja la pendiente, algunos niños tiran de un carretoncillo. Entonces se la mira desde el llano con ojos de celosa envidia, y se pasa á lo largo, llevando el recuerdo de aquel nido apenas entrevisto.

No, me la figuro más bien á un lado de la llanura, á la orilla del arroyo. Es tan pequeña, que una cortina de álamos blancos la sustrae á todas las miradas. Sus cabañas, semejantes á castas bañistas, desapa-

recen en los mimbrerales de la playa. Un trozo de pradera verde la sirve de alfombra: un vallado vivo la cierra por todas partes, como á un gran jardín. Se pasa á su lado sin verla. Las voces de las lavanderas parecen gritos de curruca. Ni sombra de humo. La aldea duerme en paz, en el fondo de su verde alcoba.

No la conoce ninguno de nosotros. El lugar vecino apenas tiene noticias de su existencia. Es tan humilde, que ningún geógrafo la cita. No tiene personalidad. Pronunciado su nombre, no evoca ningún recuerdo. Entre la multitud de ciudades de nombre sonoro, es un desconocido, sin historia, sin glorias y sin vergüenzas, que se eclipsa modestam nte.

Por esto, sin duda, sonríe la aldehuela tan dulcemente. Los campesinos viven allí en el desierto; los chicos ruedan por el ribazo; las mujeres hilan á la sombra de los árboles. Ella, por su parte, feliz en su obscuridad, se inunda de las alegrías del cielo. ¡Está tan lejos del fango y del bullicio de las grandes ciudades! Le basta un rayo de sol, su silencio, su humildad, la cortina de álamos blancos que la oculta al mundo entero; ¿para qué quiere más?

III.

Quizá mañana el mundo sabrá que existe la aldehuela.

¡Ah, miseria humana! El río estará rojo; la cortina

de álamos habrá desaparecido; las cabañas destruidas mostrarán la desesperación muda de las familias que las habitaban, la aldehuela será célebre.

Ya no se oirá el canto de las lavanderas; ya los niños no rodarán por el ribazo; ya no habrá cosechas; se acabó el silencio; concluyó la humildad; huyó la dicha. Un nuevo nombre en la historia, victoria ó derrota, una nueva página sangrienta, y un pedazo más de tierra abonado por la sangre de nuestros hijos.

La aldehuela ríe, sueña, ignora que dará su nombre á una carnicería, y que mañana se bañará en sangre y se la citará en Europa entre el estertor de la agonía. Después, solo quedará en la tierra una mancha rojiza. Ella, tan alegre, tan dulce, se verá envuelta en un círculo de siniestra sombra. Pálidos visitantes pasarán por delante de sus ruinas, como se pasa por delante de las losas de *La Morgue*. Será maldita.

Su nombre, si es Austerlitz ó Magenta, resonará en nuestros corazones como el entusiasta toque del clarín; y si es Waterloo, rodará lúgubremente en nuestra memoria, como el sonido del tambor enlutado que toca los funerales de la patria.

¡Cómo echará entonces de menos sus riberas solitarias, sus campesinos ignorantes, su paz perdida, su rincón ignorado, tan lejos de los hombres, conocido solamente de las golondrinas que volvían todas

las primaveras! Mancillada, avergonzada, con su horizonte ennegrecido por bandadas de cuervos, y sus tierras crasas hediendo á muerto, vivirá eternamente en la historia, como un degolladero, como un campo de duelo donde dos naciones se han asesinado.

El nido del amor, el nido de paz, la aldehuela, se habrá convertido en un cementerio, donde las madres inconsolables no podrán ir á depositar una corona.

IV.

Francia ha sembrado de estos cementerios el mundo. En los cuatro ángulos de Europa podríamos arrodillarnos y orar. Nuestras necrópolis no se llaman únicamente el Pére-Lachaise, Montmartre, Montparnasse: llevan también los nombres de todos nuestros triunfos y de todos nuestros desastres. No hay bajo el cielo un puñado de tierra donde no yazga un francés enterrado, desde China hasta Méjico; desde las estepas de Rusia hasta los arenales de Egipto.

Cementerios silenciosos y desiertos, que duermen su sueño pesado en la paz inmensa de los campos La mayor parte, casi todos, se abren al pie de algún lugarejo derruído, cuyos muros, desplomados, tiemblan aún de espanto. Waterloo no era más que una granja; Magenta tenía apenas cincuenta casas. Un

viento de destrucción sopló sobre estos infinitamente pequeños, pueblos, y sus nombres, inocentes el día antes, despiden tal olor á sangre y pólvora, que la humanidad se estremecerá siempre al sentirlos en sus labios.

Pensativo miraba yo un mapa del teatro de la guerra. Seguía las orillas del Rhin; interrogaba las llanuras y las montañas. ¿Estaba la aldehuela á la izquierda ó á la derecha del río? ¿Debía ser buscada junto á las plazas fuertes, ó más lejos, en alguna vasta soledad?

Y procuraba entonces, cerrando los ojos, imaginarme la paz de la aldeilla, la cortina de álamos extendida delante de las blancas casas, el trozo de pradera que rasan las alas de las golondrinas, las canciones de las lavanderas, la tierra virgen que la guerra va á mancillar y cuya mancha anunciarán brutalmente los clarines á los cuatro vientos cardinales.

¿Dónde está la aldehuela? (1)

RECUERDOS

I.

¡Oh! La eterna lluvia, la lluvia enojosa, laparda

(1) La aldehuela estaba en la Alsacia; se llamaba Vaerth.